

riador, «postrado Alvarez, postróse Gerona.» Bolívar, obrando prudentemente, congregó y consultó á una junta general. Iban ya muertas durante el sitio cerca de diez mil personas entre soldados y gente del pueblo; medios de resistencia faltaban ya de todo punto, y recibióse aviso de que los socorros del congreso-catalán no podían llegar á tiempo de ser útiles. En tal conflicto, la junta, cediendo con gran pena á la dura pena de la necesidad, acordó enviar al brigadier don Blas de Fournas al campamento enemigo para tratar de capitulación; recibióle bien el general francés, y ajustóse entre ambos una capitulación tan digna como había sido gloriosa la defensa.

«La guarnición saldrá con los honores de la guerra, y entrará en Francia como prisionera de guerra.—Todos los habitantes serán respetados.—La religión católica continuará siendo observada, y será protegida.—Mañana 11 de diciembre la guarnición saldrá de la plaza y desfilará por la puerta de Arenys....—Hecho en Gerona, á las siete de la noche á 10 de diciembre de 1809.» Tales fueron las bases principales de la capitulación. En las Notas adicionales que se le agregaron, se estipularon también, sobre otros particulares no comprendidos en ella, condiciones no menos honrosas, tales como la de que los papeles del gobierno se depositarian intactos en el archivo del ayuntamiento, la de que los empleados en el ramo político de la guerra serian declarados libres y como no combatientes, y otras semejantes. En su virtud el día 11 entraron en la plaza los franceses, asombrados aquellos veteranos que habían hecho las grandes campañas de Napoleón al contemplar tantos escombros, tantos cadáveres, tantas muestras de heroísmo, tantos y tan asombrosos signos de una maravillosa resistencia.

Así acabó el famoso y memorable sitio de Gerona, que duró siete meses, en cuyo tiempo arrojaron los enemigos sobre la plaza mas de 60,000 balas y 20,000 bombas y granadas, lanzadas por 40 baterías. Asombró á todo el mundo su duración, porque excedió en mucho á lo que en los tiempos modernos se calcula lo que pueda prolongarse la defensa de las plazas mas fuertes, y maravilló mas por lo mismo que era tan imperfecta y débil la de Gerona. «Dejó este sitio, dice un historiador francés conocido por enemigo de las glorias de España, un recuerdo inmortal en la historia.» Zaragoza y Gerona no han podido menos de arrancarles confesiones tan honrosas como esta.

Pero la gran figura que se destaca siempre en el interesante cuadro de este famoso sitio, y que no es exageración comparar á las de los héroes de Homero, es la del gobernador Alvarez de Castro. Así lo comprendió la Junta Central apresurándose á decretar honores y premios á su heroico patriotismo é inclita constancia, para él si estuviere vivo, para su familia si por desgracia hubiese muerto, que la Junta lo ignoraba entonces, y diremos luego por qué. Así lo comprendieron después las Cortes de Cádiz mandando inscribir su nombre en letras de oro en el salón de sesiones al lado de los de otros mártires de la libertad y de la independencia nacional. Así lo comprendió el general Castaños haciendo colocar mas adelante en el calabozo en que espiró una lápida que recordara su nombre y su trágico fin á la posteridad. Así se comprendió en nuestros mismos días dando el título de marqués de Gerona á un individuo de la familia de aquel patricio ilustre, título que sucesivamente han llevado con honra dos de sus descendientes que han ocupado distinguidos puestos en los altos cuerpos del Estado.

Ignoraba entonces la Central, y no era extraño, si Alvarez habría sucumbido de resultas de su gravísima enfermedad. No fue así, aunque á la honra de la Francia le habría sido mejor que así fuese. Contra toda esperanza se había salvado Alvarez de la enfermedad que le puso á las puertas del sepulcro, y el 23 de diciembre fué conducido á Francia, de donde á poco tiempo le volvieron á traer á España, encerrándole en el castillo de Figueras, privándole de la asistencia de su ayudante y de sus criados. La circunstancia de haber aparecido al día siguiente expuesto su cadáver en unas parihuelas y cubierto con una sábana, sorprendió á todos, é indujo á muchos la sospecha de que tan inopinada muerte hubiera sido mas violenta que natural. Desearíamos que ningún indicio hubiera

podido confirmar sospecha tan terrible; mas por desgracia noticias oficiales, pedidas al parecer por el gobierno español, y fundadas en el testimonio de testigos oculares que reconocieron el cadáver, confirman, en vez de desvanecer, el recelo que se abrigó acerca de la muerte del héroe de Gerona (1), sobre lo cual nos abstenemos de hacer reflexiones, propias para atormentar todo corazón sensible.

CAPITULO VIII

Las guerrillas.—Ocaña.—Modificación de la Central

(De junio á diciembre)

1809

Reflexión sobre las victorias y las derrotas de nuestros ejércitos.—Su influencia dentro y fuera de España.—Organización de las guerrillas.—Decreto de la Central.—Tendencia de los españoles á este género de guerra.—Motivos que además los impulsaban á adoptarle.—Opuestos y apasionados juicios que se han hecho acerca de los guerrilleros.—Cómo deben ser imparcialmente juzgados.—Su valor é intrepidez.—Servicios que prestaban.—Su sistema de hacer la guerra.—Crueldad de los franceses con ellos.—Represalias horribles.—Partidas y partidarios célebres.—En Aragón y Navarra.—Renovales, Villacampa y otros.—Suceso del Tremedal.—En la Alcarria y la Mancha.—El Empeccinado, el Manco, Mir.—En Castilla la Vieja.—El Capuchino, Saornil, el cura Merino, don Julian Sanchez.—Servicios que hicieron á las provincias ocupadas por los franceses, y á las provincias libres.—Situación de los ejércitos regulares.—Conducta del gobierno inglés como aliado de España.—Desamparo de nuestra nación después de la paz entre Austria y el imperio francés.—Operaciones entre Salamanca y Ciudad-Rodrigo.—Triunfo de los españoles en Tamames.—Ejército del centro de la Mancha.—Retirase á Sierra-Morena.—Sucede Areizaga en el mando á Eguía.—Plan funesto de venir nuestro ejército á Madrid.—Su marcha en dirección de la capital.—Reunión de fuerzas francesas en Aranjuez.—Pónese el rey José al frente de ellas.—Jefes y fuerzas respectivas de ambos ejércitos.—Batalla de Ocaña.—Fatal y completa derrota del ejército español.—Desastre de Alba de Tormes.—Marcha política de nuestro gobierno.—Descontento y conspiración contra la Central.—Ambiciones é intrigas en su mismo seno.—Desacuerdos entre la Central y las juntas provinciales.—Proyectos sobre Regencia.—Aspiraciones de Palafox y del marqués de la Romana.—Nombramiento de una comisión ejecutiva, y acuerdo de convocar Cortes.—Decreto de 4 noviembre.—Nuevas intrigas en la Junta.—Arresto de Palafox y de Montijo.—No satisface la comisión ejecutiva las esperanzas públicas.—Síntomas de próxima caída de la Comisión y de la Junta general. Determinan retirarse de Sevilla.—Deplorable conducta del rey Fernando en Valencey durante estos sucesos.

Hemos visto los resultados de la campaña de 1809 en diferentes provincias y comarcas de la Península; campaña sostenida principalmente, como habrán observado nuestros lectores, por ejércitos españoles ya organizados, obrando, unas veces

(1) En 31 de marzo de 1810 pasó el intendente Beramendi desde Tortosa al marqués de las Hormazas la comunicación siguiente:

«Excmo. señor.—Por el oficio de V. E. de 26 de febrero próximo pasado que acabo de recibir, veo ha hecho V. E. presente al Supremo Consejo de Regencia de España é Indias el contenido de mi papel de 4 del mismo, relativo al fallecimiento del Excmo. señor don Mariano Alvarez, digno gobernador de la plaza de Gerona, y que en su vista se ha servido S. M. resolver procurar apurar cuanto me sea posible la certeza de la muerte de dicho general, avisando á V. E. lo que adelante, á cuya real orden daré el cumplimiento debido, tomando las mas eficaces disposiciones para descubrir el pormenor y la verdad de un hecho tan horroroso; pudiendo asegurar entre tanto á V. E. por declaración de testigos oculares la efectiva muerte de este héroe en la plaza de Figueras, á donde fué trasladado desde Perpiñan, y donde entró sin grave daño en su salud, y compareció cadáver, tendido en una parihuela, al siguiente día, cubierto con una sábana, la que destapada por la curiosidad de varios vecinos, y del que me dió el parte de todo, puso de manifiesto un semblante cárdeno é hinchado, denotando que su muerte había sido la obra de pocos momentos; á que se agrega que el mismo informante encontró poco antes en una de las calles de Figueras á un llamado Rovireta, y por apodo el fraile de San Francisco, y ahora canónigo dignidad de Gerona nombrado por nuestros enemigos, quien marchaba apresuradamente hacia el castillo, á donde dijo «iba corriendo á confesar al señor Alvarez porque debía en breve morir.» Todo lo que pongo en noticia de V. E. para que haga de ello el uso que estime por conveniente.—Dios guarde á V. E. muchos años. Tortosa 31 de marzo de 1810.—Excmo. señor.—Cárlos de Beramendi.—Excmo. señor marqués de las Hormazas.»

solos y sin extraño auxilio, como en Cataluña y Aragón, otras con el apoyo de auxiliares extranjeros, como en Extremadura, siempre y en todas partes protegidos cuanto era dable por las partidas mas ó menos numerosas de voluntarios á que se daba el nombre de guerrillas. Que nuestros ejércitos, en su mayor parte improvisados, no pudiesen tener ni la organizacion, ni la disciplina, ni la práctica de batallar que tenian y habian traído ya los franceses, ni nuestros generales la táctica y la pericia de los suyos, cosa es que ni ahora ni entonces ha podido nadie desconocer. Por lo mismo á nadie tampoco podia causar maravilla que nuestros ejércitos fueran vencidos en Medellín y en Almonacid, en María y en Belchite; siendo lo verdaderamente admirable que quedaran vencedores en batallas como las de Alcañiz y Talavera, y que sostuvieran sitios como el de Gerona. No podemos por tanto convenir con un historiador moderno, que encuentra censurable á la Junta Central por haber gastado una gran parte de su actividad y de las fuerzas del país en crear ejércitos y en entregarlos á los generales, pidiéndoles victorias. Necesidad de crear ejércitos habia; á generales tenian que ser encomendados; y era natural desear victorias, y por consecuencia pedirlos, de la manera que las victorias puedan pedirse. Ni podemos tampoco convenir en que las que consiguieron nuestros ejércitos fuesen estériles, pues si de algunas de ellas no se recogió inmediatamente todo el fruto que hubieran debido producir y habria sido de apeteer, estuvieron lejos de ser infructuosas, reanimaban el espíritu del ejército y del pueblo, hacian en Europa un eco favorable á nuestra nacion, acreditábase que las legiones de Napoleon habian dejado de ser invencibles en España, reconocíalo el emperador mismo, y no es justo que nosotros demos á nuestros triunfos menos mérito del que les daba la Europa, y del que confesaban nuestros mismos enemigos.

Pero indica el propio escritor español á quien hacemos referencia, que habria sido mejor que la Central, en vez de gastar las fuerzas de la nacion y su propia vitalidad en crear y organizar ejércitos regulares, las hubiera empleado en fomentar las partidas sueltas ó guerrillas, que á su juicio eran el terrible enemigo de los franceses, la última esperanza y la salvacion del país. Tampoco es exacto que la Central descuidara de fomentar, alentar y proteger estas que podriamos llamar las fuerzas sutiles de aquella guerra: puesto que además de los emisarios y jefes que con tal objeto vimos haber enviado á Galicia, en 28 de diciembre de 1808 expidió un decreto, en muchos artículos, sobre el alistamiento y organizacion de esta milicia móvil, llegando á prescribir en sus últimas disposiciones la formacion de *cuadrillas* en que se diera entrada hasta á los que se habian ejercitado anteriormente en el contrabando, bajo las mismas reglas que las *partidas*, y señalándoles los mismos sueldos y emolumentos (1). Y aun se nombraron y destinaron comisarios á todas las provincias del reino para que al tenor de lo ordenado y decretado se levantase y organizase dicha clase de milicia.

En verdad no necesitaban de grandes estímulos los españoles de aquel tiempo para cambiar la monótona regularidad del sosiego doméstico por las variadas impresiones de la vida de aventuras, de peligros y de combates, á que de antiguo y en todas las épocas, especialmente en las de guerras extranjeras ó intestinas, han mostrado siempre inclinacion, y acreditado privilegiada aptitud los naturales de este suelo. A esta tendencia se agregaba ahora y servia de aguijon, en unos la indignacion producida por las demasías de los franceses, y en

(1) Atendiendo (decia el artículo 29 de aquel reglamento) á que muchos sujetos de distinguido valor é intrepidez, por falta de un objeto en que desplegar dignamente los talentos militares con que los dotó la naturaleza, á fin de proporcionarles la carrera gloriosa y útilísima al Estado que les presentan las circunstancias actuales, se les indultará para emplearlos en otra especie de partidas, que se denominarán *Cuadrillas*, bajo las condiciones que se establecen en los cuatro artículos siguientes: Uno de los artículos que seguian era: «A todo contrabandista de mar y tierra que en el término de ocho dias se presente para servir en alguna cuadrilla ante cualquiera juez militar ó político de partido, ó jefe del ejército, se le perdonará el delito cometido contra las reales rentas, y si se presenta con caballo y armas, se le pagará uno y otro por su justo valor.»

deseo de vengar los incendios, saqueos y violencias por aquellos cometidos en las poblaciones y en el seno de las familias, tal vez el horrible asesinato del padre ó del hermano, tal vez el brutal ultraje de la esposa ó de la hija; en otros el legítimo designio de conquistar en la honrosa carrera de las armas á costa de fatigas, de actos de valor y de servicios á la patria, una posición mas brillante que la que pudieran alcanzar nunca en el oscuro rincón de un taller; en otros el afán de medros personales menos legítimos, y mas materiales y groseros, si quiera fuesen adquiridos á costa de los pacíficos habitantes cuyos hogares y haciendas aparentaban proteger; en otros el espíritu religioso, y en otros en fin, y creemos fuesen los mas, un verdadero ardor patriótico, un afán sincero de contribuir y ayudar con todo género de esfuerzos y sacrificios á salvar la independencia de la patria, y de tomar parte activa en la santa lucha que la nacion sostenia con extraños invasores.

Así, sin calificar nosotros á cada una de estas partidas, ni menos á sus denodados caudillos, porque ni nos incumbe ni hace á nuestros fines, no podemos convenir con el juicio de aquellos para quienes era cada guerrillero un modelo de patriotismo y un dechado de virtudes cívicas y militares (2); ni tampoco con el de aquellos que exagerando los excesos y tropelías que por desgracia solian ejecutar algunos de aquellos partidarios, han querido que se los considerase como otros tantos bandidos, *brigands*, que era el título con que para desacreditarlos los designaban los franceses. Cierto que los habia entre ellos, por fortuna los menos en número, hombres sin educacion y avezados á los malos hábitos de una vida estragada ó licenciosa; que por sus demasías se hacian aun mas temibles á los honrados moradores de las aldeas que los mismos enemigos: achaque del estado revuelto de una sociedad, en que la necesidad obliga á tolerar y aun aceptar servicios de los mismos á quienes en otro caso juzgarian severamente los tribunales. Pero á los mas impulsaban nobles y generosos fines; nacidos unos en ilustre cuna, distinguidos otros en carreras científicas, hijos tambien otros de modestas pero honradas familias, cambiaban ó el brillo ó la comodidad de su casa ó el lucro de su honrosa profesion por las privaciones y los peligros de la guerra; conducianse como buenos, y eran el terror de los enemigos y el consuelo y amparo de las poblaciones. Intrépidos y valerosos todos, los mismos franceses no pudieron dejar de hacer justicia al comportamiento de algunos de ellos, y no extrañamos dijera, por ejemplo de don Saturnino Albuin: *Si este hombre hubiera militado en las banderas de Napoleon, y ejecutado tales proezas, ya seria mariscal de Francia*: y que el mismo gobernador de Madrid Belliard dijese del partidario don Juan Palarea, llamado el Médico (porque esta habia sido antes su profesion): *Le Medecin est un bon general, et un homme très humain*.

Servicios de importancia y de gran cuenta hacian todos, ya alentando y avivando el espíritu de independencia del país, ya interceptando correos ó convoyes de víveres á los enemigos, ya molestando á estos y embarazándolos en sus marchas, ya sorprendiendo destacamentos y partidas sueltas y obligándolos á no poder moverse sino en gruesas divisiones, ya cayendo sobre ellos como el rayo y acuchillándolos en los desfiladeros y gargantas que tuvieran que atravesar, ya cortando las comunicaciones entre los diferentes cuerpos y dislocando sus planes, ya protegiendo nuestras columnas ó llevando socorros á las plazas ó distrayendo á los sitiadores, ya sosteniendo reñidos choques y refriegas, ó acciones serias y formales, segun las partidas eran mas ó menos gruesas ó numerosas, ya con su movilidad continua apareciéndose de dia ó de noche como fantasmas donde y cuando el enemigo menos podia esperarlos, no dejándole momento de reposo y siendo como una continua sombra suya que los seguia á todas partes: de tal modo que su importunidad irritó á algunos generales franceses al extremo de dictar contra los partidarios que fuesen aprehendidos órdenes y medidas crueles é inhumanas, que produjeron á su vez represalias horribles.

(2) Como el P. Salmon, á quien falta poco para suponerlos impecables y santificarlos.—Resúmen histórico de la Revolucion de España, tom. II, cap. I.

De las partidas y partidarios mas notables que operaron en Galicia y en Cataluña hemos hecho mérito en los anteriores capítulos. Tócanos ahora decir algo de las que en la segunda mitad del año 1809 trabajaban en pro de la causa nacional con provecho no escaso en otras provincias del reino. En Aragón, además de los cuerpos francos que acaudillaban el coronel Gayan y el brigadier Perena, y que existian ya cuando los ejércitos de Blake y Suchet se batian en Alcañiz, en María y en Belchite, aun despues de la retirada del general español á Cataluña quedaron caudillos intrépidos que dieron hartó que hacer é hicieron no poco daño á los enemigos que en aquel reino habian quedado vencedores. Figuró entre ellos en primer término don Mariano Renovales, uno de los campeones de la defensa de Zaragoza, que habiendo logrado fugarse al tiempo que lo llevaban prisionero á Francia, y emboscándose en los valles y asperezas de los lindes de Navarra y Aragón al pié del Pirineo, y reuniendo allí paisanos y soldados dispersos, sostuvo una série de gloriosos combates con las columnas que en su persecucion fueron enviadas, destrozando á veces un batallon entero como en la roca de Undari, y causando ya tal desasosiego y zozobra á los generales franceses que de Zaragoza y Pamplona destacaron á un tiempo y en combinacion fuerzas respetables para ver de atajar sus progresos. Una de estas columnas se dirigió al monasterio de San Juan de la Peña, donde se hallaba el segundo de Renovales don Miguel Sarasa.

Obligado este á retirarse despues de una defensa vigorosa, y apoderados los franceses del monasterio, entregaron á las llamas gran parte de aquel monumento histórico de la primitiva monarquía aragonesa, pereciendo en el incendio los pergaminos y papeles del precioso archivo que en él se custodiaba (26 de agosto).

Igual desastre sufrió la villa de Ansó, cabeza del valle de su nombre, en que despues entraron los franceses. No siéndole ya posible á Renovales resistir á tantas fuerzas como en todas direcciones le acosaban, despues de haber conseguido una capitulacion honrosa para los del valle del Roncal, trasladóse á las riberas del Cinca, donde puesto al frente de las partidas de Pareña y Baget, y ayudándole Sarasa por las cercanías de Ayerbe, y amparándose á veces en las plazas y puntos abrigados, siguió incomodando y entreteniéndole considerables fuerzas enemigas, sintiendo bastante no poder evitar que los franceses se apoderaran de Benasque (noviembre) por culpa del marqués de Vilora, cuya falta de resistencia se hizo sospechosa entonces, y se explicó despues viéndole pasar al servicio de los invasores.

Para organizar las partidas y cuerpos francos que operaban en el Ebro, y dirimir contiendas entre sus caudillos, envió Blake desde Cataluña al brigadier don Pedro Villacampa, que en breve formó de todos aquellos una division, con la cual desalojó y aventó á los enemigos de los puntos que ocupaban por la parte de Calatayud, el Frasno y la Almunia, hasta que revolviendo sobre él gruesas masas hubo de recogerse á las sierras de Albarraen, situándose en el célebre santuario de Nuestra Señora del Tremedal, de gran veneracion en toda aquella comarca, colocado en la cúspide de un agreste y melancólico cerro, en cuya subida hizo algunas cortaduras, dedicándose en aquella solitaria y rústica fortaleza á instruir y disciplinar hasta unos cuatro mil hombres que entre soldados y paisanos habia reunido. Conociendo los franceses la necesidad de alejarle de aquellas asperezas, enviaron al efecto tropas de infantería, con artillería y un cuerpo de coraceros, que por medio de una hábil maniobra arrojaron de allí la gente de Villacampa (25 de octubre), volaron el santuario, y saquearon é incendiaron el pequeño pueblo de Orihuela situado á un cuarto de legua á la falda del monte (1). Extendiéronse luego los franceses por Albarraen y Teruel, cuyo suelo aun no habian pisado. Las juntas de aquellas provincias mudaban de asiento, como muchas otras, y andaban como en peregrinacion, huyendo de los lugares invadidos.

(1) Por fortuna en aquella voladura se salvó la Virgen, que habia podido ocultar en capellan; el pueblo devoto miró como milagrosa su conservacion, y acudió de tropel á adorarla luego que se retiraron los franceses.

Dábanse la mano aquellas partidas y columnas volantes con las de otras provincias. En la de Cuenca acaudillaba el marqués de las Atalayuelas una que se hizo notable por su audacia y movilidad. En la de Guadalajara campeaba el *Empecinado*, que despues de haber corrido las tierras de Aranda y de Segovia, llamado por la junta de Guadalajara para organizar y acaudillar sus partidas, no dejaba en ella momento de respiro á los franceses, sostuvo con ellos rudos y brillantes reencuentros, burlaba los arduos y extratagemas que para cogerle armaban y discurrían, ó rompía audazmente por entre sus columnas cuando se veia cercado, y él era el que solia sorprender y aprisionar gruesos trozos de enemigos, haciéndose asi el terror de los franceses en aquella provincia, y el arrimo de otros partidarios españoles que cada dia se le agregaban (2). Entre los que militaban con él y á sus órdenes distinguíase el valeroso don Saturnino Albuin, que con motivo de haberse inutilizado la mano izquierda al disparar su trabuco, que reventó por mal cargado, en el combate del Casar de Talamanca, fué desde entonces conocido con el sobrenombre de *el Manco*, adquirió despues cada dia mas celebridad, y es el mismo de quien hemos dicho atrás, que por sus proezas mereció una honrosa calificacion de los mismos enemigos.

Andaban por la Mancha el escribano don Isidro Mir, un tal Jimenez y un Francisco Sanchez, conocido por Francisquete, que indignado de que los franceses hubieran ahoreado á un hermano suyo, lanzóse á los campos á tomar venganza de ellos, y tomábala haciendo guerra á muerte á cuantos destacamentos atravesaban aquellas llanuras; en tanto que por las inmediatas provincias de Toledo y Extremadura el presbítero Quero, Ayesteran, Lougedo y otros, con el nombre de lanceros unos, y otros de voluntarios de Cruzada, despues de pelear valerosamente en el puente de Tietar y otros lugares, eran agregados por el general Cuesta á la vanguardia de su ejército, teniendo asi ocasion de maniobrar y de servir de mucho en la batalla de Talavera. Pululaban al propio tiempo partidas semejantes en Castilla la Vieja, orillas del Ebro, del Duero, del Pisuerga y del Tormes, así como en el reino de Leon, alguna de las cuales hemos mencionado ya, aunque muy de paso, tal como la del capuchino fray Julian de Delica que aprisionó en las inmediaciones de Toro al general Franceschi, y poco despues entre Tordesillas y Simancas á un edecan de Kellermann, dando ocasion á que este general, ordenando una requisicion de caballos que no fuesen destinados á su servicio. Corria la tierra de Salamanca don Gerónimo Saornil, ejecutando actos de intrepidez en Ledesma y Fuente Saucó. Por Burgos, Soria y la Rioja guerreaban de un modo semejante don Juan Gomez, don Francisco Fernandez de Castro, hijo mayor del marqués de Barrio-Lucio, el cura Tapia, el de Villaviado don Jerónimo Merino, mencionado ya tambien antes, y que tan famoso se hizo despues en nuestras guerras civiles; el no menos famoso don Ignacio Cuevillas, dedicado anteriormente al contrabando, y don Ignacio Narron, capitán de navío, procedente de la junta de Nájera. Empezaba ya tambien á distinguirse en Navarra el jóven estudiante Mina, sobrino de Espoz y Mina que despues se hizo tan célebre, y llegó á ocupar un honrosísimo lugar en el catálogo de los generales españoles, y de cuyas primeras hazañas tendremos que hablar muy pronto.

Sonaba por este tiempo entre los mas temibles por tierra de Salamanca y Ciudad-Rodrigo don Julian Sanchez, que con un escuadron de 300 lanceros que llegó á reunir, unas veces campeando solo, otras amparándose en aquella plaza ó apoyándose en el ejército del duque del Parque, traia en desasosiego y en desesperacion al general Marchand, que entre otras medi-

(2) Entre otros medios que los franceses emplearon para ver de contenerle fué uno el de poner en rehenes á su madre. Pero ni esto le contuvo, ni menos la orden de un general francés, dada en momentos de irritacion, mandando ahorcar ó arcaabucear los brigantes que se cogieran. Lo que hizo don Juan Martin fué disponer que por cada uno de los suyos que se supiera haber sido arcaabuceado, se fusilara á tres franceses prisioneros.—Tanto sonó entre ellos su nombre, que á todos los guerrilleros los solian llamar *Empecinados*.